



carmelngo

BOLETÍN DE LA ONG CARMELITA

2021 - Vol 14 - Número 3

Edición traducida al español

El pecado ecológico: Vicio socioeconómico y nuestras transgresiones contra la naturaleza (1)

Por el Prof. Chris Durante, doctor en teología, Saint Peter's University



La encíclica del Papa Francisco de 2015, *Laudato Si'*, ha sido alabada por muchos cristianos con mentalidad medioambiental por su llamamiento a una "conversión ecológica" (2) basada en el redescubrimiento de las antiguas raíces morales y espirituales de la tradición cristiana. En un tono ecuménico, además de los teólogos católicos y de las anteriores encíclicas papales, el Papa Francisco recurre a las ideas espirituales y teológicas de cristianos ajenos a la tradición católica romana. El primero y más importante de ellos es el jerarca de la antigua Iglesia Ortodoxa Griega, el Patriarca Bartolomé I, al que Francisco se refiere como "querido (3)" (3) y por el que expresa un profundo respeto escribiendo, "El Patriarca Bartolomé ha hablado en particular de la necesidad de que cada uno de nosotros se arrepienta de las formas en que hemos dañado el planeta (4)" y "ha llamado la atención sobre las raíces éticas y espirituales de los problemas medioambientales (5)" implorando "que sustituyamos el consumo por el sacrificio, la avaricia por la generosidad, [y] el despilfarrero por el espíritu de compartir (6)." En un llamamiento a la mentalidad común de las tradiciones católica romana y ortodoxa del cristianismo, el Papa Francisco dice:

"La espiritualidad cristiana ... fomenta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de un disfrute profundo libre de obsesiones y consumos. Tenemos que retomar una antigua lección ... 'menos es más'." (7)

Desde que ascendió al papado en 2013, el papa Francisco ha colaborado con el patriarca Bartolomé en su intento de reforzar los lazos entre las iglesias católica romana y ortodoxa oriental como parte de su misión compartida de promover una agenda verdaderamente ecuménica de reforma ecológica. En *Laudato Si'*, el Papa Francisco adopta el lenguaje del Patriarca Bartolomé sobre el "pecado ecológico", y en 2019 pidió su inclusión

en el catecismo oficial católico romano. En el espíritu de la última encíclica del Papa Francisco, titulada: "Fratelli tutti", o "la hermandad de todos", publicada en octubre de 2020, me gustaría discutir las contribuciones que el Patriarca Bartolomé ha hecho al desarrollo del concepto de "pecado ecológico", poniendo a los dos Pontífices en diálogo entre sí como un medio para examinar las formas en que este pecado está directamente vinculado a nuestros modos predominantes de pensamiento económico y comportamiento socioeconómico.

El pecado ecológico:

Este año, 2021, marca el trigésimo aniversario de la entronización del Patriarca Bartolomé I en el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla en 1991, quien ha sido apodado el "Patriarca Verde" por su largo compromiso con las cuestiones medioambientales. Como cabría esperar de un Pontífice que se ha ganado ese título, el Patriarca Bartolomé inauguró su tercera década como Patriarca Ecuménico con la celebración de la cuarta Cumbre de Halki sobre el medio ambiente en enero de 2021. Desde 2012, las Cumbres de Halki han sido la instancia más reciente de una larga serie de conferencias ecuménicas, interreligiosas e interdisciplinarias que el Patriarca Bartolomé ha celebrado desde la década de 1990. Todas ellas se han dedicado a reunir a miembros de las religiones del mundo y a numerosos expertos de diversas disciplinas científicas con especialistas en políticas y economistas en un intento continuo de mejorar las crisis medioambientales a las que nos enfrentamos desde hace décadas. Uno de los momentos decisivos que le valieron a Bartolomé su apodo ecológico de "Patriarca Verde" fue cuando expresó por primera vez la idea del pecado ecológico al pronunciar un discurso en Santa Bárbara, California, en 1997. Afirmó con audacia:

“Que los seres humanos provoquen la extinción de especies y destruyan la diversidad biológica de la creación de Dios... Que los seres humanos degraden la integridad de la Tierra provocando cambios en su clima, despojando a la Tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus humedales... Que los seres humanos lesionen a otros seres humanos con enfermedades, que los seres humanos contaminen las aguas de la Tierra, su tierra, su aire y su vida, con sustancias venenosas... Estos son pecados.”(8)

Sin embargo, en ausencia de códigos de conducta ambiental en los cánones de la ley de la Iglesia, ¿cómo debemos entender el pecado ecológico? La palabra griega para "pecado" es “amartia”, que significa literalmente "no dar en el blanco", y cuando se entiende en el marco de una ética teleológica u orientada a objetivos, podríamos decir que "pecar" como “amartia” significa no alcanzar nuestros objetivos personales y comunitarios de convertirnos en personas virtuosas que se esfuerzan por vivir la buena vida dentro de comunidades excelentes mientras perseguimos la cercanía y la unión con lo divino. En otras palabras, el concepto de pecado no implica necesariamente una infracción de la ley, sino que también habla de los objetivos que perseguimos, la mentalidad que adoptamos y el tipo de ethos que fomentamos como personas y comunidades; todo ello influye en la forma en que nos relacionamos entre nosotros, con el mundo natural y con lo divino. En este sentido, el pecado ecológico se produce cuando no tenemos en cuenta la salud del medio ambiente y el bienestar de las generaciones futuras en nuestra concepción general del "florecimiento humano" y, en consecuencia, nos esforzamos por alcanzar objetivos y adoptamos comportamientos que no tienen en cuenta el cuidado de la creación como parte de nuestra búsqueda de la buena vida.

En 2015, en medio de la convocatoria del Acuerdo Climático de París y la publicación de *Laudato Si* por parte del Papa Francisco, el Patriarca Bartolomé habló de "la necesidad de ampliar nuestro concepto estrecho e individualista del pecado (9)" durante una entrevista con la revista *Time*. El comentario del Patriarca Bartolomé llama la atención sobre el hecho de que no sólo los individuos sino también los colectivos son capaces de pecar. A menudo reconocemos el fenómeno de la agencia grupal y la identidad comunitaria y los objetivos, valores y características compartidas que encarnan. Cuando toda una civilización se rige por un sistema de valores compartidos y se compromete con patrones de comportamiento compartidos que dan lugar a disposiciones, hábitos y estilos de vida comunes, podemos llamarlo *ethos de la civilización*. Al guiar los patrones de pensamiento y comportamiento, los valores e ideales que informan el ethos de una civilización ayudan a determinar si esa civilización actuará de forma pecaminosa, perdiendo así la marca de alcanzar la buena vida, o si perseguirá una forma de vida virtuosa.

En 2009, el Patriarca Bartolomé argumentó que "la causa fundamental de nuestro pecado medioambiental reside en nuestro egocentrismo y en el orden erróneo de los valores, que heredamos y aceptamos sin ninguna

evaluación crítica"(10). Podría decirse que la causa fundamental de nuestro pecado ecológico es nuestro egoísmo personal y civilizatorio como seres humanos, o antropocentrismo, y nuestro desordenado sistema de valores, así como nuestra incapacidad personal y comunitaria para reevaluar y revisar críticamente nuestros modos de vida y los principios que los informan. Esto se debe, en gran parte, a que nuestro ethos civilizatorio contemporáneo ha sido impregnado por una comprensión económica de la persona y del bienestar, que tiene como objetivo el crecimiento material y financiero perpetuo a expensas de la maduración poética y psicoespiritual. Como resultado, a menudo perseguimos los placeres inmediatos en lugar de los beneficios a largo plazo y nos hemos dejado gobernar por los vicios de la avaricia, bajo la apariencia del crecimiento económico, y la gula, bajo la apariencia del consumo y el enriquecimiento máximos. La valoración del consumo excesivo y la expansión perpetua son inherentes al paradigma económico neoclásico -especialmente en su forma neoliberal, que arraigó a finales de los años 70 y principios de los 80 (11)- que influyó profundamente en nuestro ethos civilizatorio global durante la mayor parte del siglo pasado. Los valores de este ethos se han arraigado tanto en nuestra psique en el transcurso de las últimas generaciones que para la mayoría de la gente hoy en día, son los valores de este paradigma económico, en lugar de las virtudes y los valores de la tradición cristiana, los que predominan a la hora de gobernar sus vidas sociales y moldear sus estilos de vida diarios.

El modo en que este ethos neoliberal se ha arraigado en nuestra cultura queda bien reflejado en las frases comunes en inglés "eat to your heart's content" y "get more, spend more", que se han convertido en algo habitual en todas las culturas y clases sociales, ya que se insta a la gente a buscar la gratificación personal en el beneficio material y se la convence de que debe perseguir la "buena vida" a través de la adquisición de un estatus socioeconómico que le permita "conseguir lo que quiera, cuando lo quiera" sin tener en cuenta las consecuencias. Este tipo de aforismos implora a las personas que actúen de acuerdo con la "sabiduría común" del *statu quo* neoliberal sin tener que reflexionar sobre si la satisfacción instantánea de sus "deseos" percibidos, a través del gasto inmediato de su riqueza, les ayudará realmente a ellos y a su futura progenie a lograr una buena vida y cómo todo esto puede afectar realmente a la salud de nuestro hogar terrenal y a las generaciones que lo heredarán de nosotros.

Demasiadas personas hoy en día, al igual que muchas en el pasado reciente, han tendido a asociar la "prosperidad" con la afluencia excesiva y la capacidad ilimitada de satisfacer continuamente su flujo de deseos no mitigados de bienes materiales y servicios extravagantes.

Nuestro egoísmo colectivo se agrava aún más cuando no reevaluamos y revisamos críticamente los valores que guían nuestra vida cotidiana, porque indica que no reconocemos nuestra propia falibilidad, o la de nuestros antepasados recientes, en lo que respecta a las formas en que conceptualizamos, y la manera en que perse-

guimos, la "prosperidad" y, en última instancia el "floreCIMIENTO" o realización plena.

Una característica clave de nuestro actual paradigma socioeconómico que no hemos reconsiderado colectivamente es la ausencia de un principio de saciedad inherente a nuestros modelos económicos. La ironía es que a menudo sobrepasamos los límites de lo que consideramos la suficiencia y la saciedad -cuando perseguimos la riqueza y nos dedicamos al consumo- porque lo hacemos como medio para alcanzar lo que percibimos como "la buena vida". Naturalmente, deseamos el florecimiento, el bienestar y nos esforzamos por haber vivido bien. Sin embargo, a menudo no nos damos cuenta de que el crecimiento insostenible y las prácticas de consumo no regenerativo que generan residuos no revitalizantes son contrarios a la forma en que presenciamos el florecimiento de la vida en los sistemas vivos del mundo natural. Esto nos lleva a equivocar los medios para alcanzar nuestros objetivos reales mientras ponemos en peligro el planeta en el proceso. Si nos tomamos el tiempo de detenernos y reflexionar sobre lo que la mayoría de nosotros decimos que valoramos en realidad, lo que supongo que muchos dirán que es: "prosperidad", "éxito", "una vida bien vivida" o "floreCIMIENTO", nos daríamos cuenta de que nuestra búsqueda de un desarrollo económico en constante expansión y la perpetua acumulación de riqueza sólo nos permiten participar en modos de consumo excesivos y no han contribuido realmente a nuestra felicidad o bienestar como especie.

Como sostiene desde hace décadas el economista ecológico Herman Daly, que ha asistido a las cumbres del Patriarca Bartolomé:

"Hay un límite a la cantidad de bienes que podemos disfrutar en un periodo de tiempo determinado, así como un límite a nuestros estómagos y a la capacidad sensorial de nuestros sistemas nerviosos... Mediante su postulado de "no saciedad", la economía neoclásica niega formalmente el concepto de límite de inutilidad [cuando la utilidad de la producción cae a cero]. Sin embargo, los estudios han demostrado que, más allá de un "umbral de suficiencia", tanto la felicidad autoevaluada como los índices objetivos de bienestar dejan de aumentar con el PIB." (12)

Según los modelos actuales de cálculo del PIB (Producto Interior Bruto), si una nueva industria se establece en una región determinada, comprando así terrenos, creando puestos de trabajo, posiblemente creando ingresos para la industria local de la construcción y los mercados inmobiliarios a través del desarrollo de viviendas, incluimos con razón estos factores "positivos" en el cálculo de un aumento del PIB. Sin embargo, si esa nueva industria empieza a contaminar las aguas subterráneas y el aire de la zona y, por tanto, aumenta los niveles de enfermedad, lo que a su vez provoca un aumento del consumo de servicios médicos y productos farmacéuticos en la región, estos factores negativos también contribuyen a un aumento del PIB, a pesar de que no se puede argumentar que sean beneficiosos ni que contribuyan al bienestar humano, y mucho menos al florecimiento.

En última instancia, ni nuestra felicidad ni nuestro bienestar como individuos y comunidades -ni nuestro florecimiento ni nuestro bienestar como especie- se están logrando mediante nuestras actividades económicas excesivamente consumistas y perpetuamente expansivas. Si no somos más felices ni hemos aumentado nuestro bienestar y, además, estamos causando daños a otras formas de vida ecológica y amenazando nuestra propia existencia en la Tierra, ¿cuál es el objetivo de esas actividades? Ahora hemos aprendido que, a largo plazo, disminuirémos aún más nuestras posibilidades de alcanzar una vida abundantemente llena de vitalidad física, psicológica y

comunitaria si seguimos negando la importancia de las virtudes de la templanza y la moderación en nuestro ethos socio-cultural y, en consecuencia, en nuestras prácticas socioeconómicas.

El Papa Francisco sostiene que el "principio de la maximización de los beneficios, con frecuencia aislado de otras consideraciones, refleja un malentendido del concepto mismo de la economía, (13) "que en su etimología como término griego significa literalmente "gestión de la casa". Esto implica que la "economía" debe pensarse como una herramienta que la humanidad puede utilizar para ayudar a asegurar su propia prosperidad, así como el bienestar general de la casa terrestre común que la especie humana habita. El Patriarca Bartolomé comparte el sentimiento del Papa Francisco, que ha expresado una y otra vez desde principios de la década de 1990. Hablando en el Foro Económico Mundial de Davos hace más de veinte años, en 1999 el Patriarca Bartolomé afirmó:

"la búsqueda más elevada de la humanidad no es el enriquecimiento económico ni la expansión económica... No podemos vivir sólo del desarrollo económico, sino que debemos buscar... los valores y principios que trascienden las preocupaciones económicas. Una vez que aceptamos esto, la economía se convierte en un servidor de la humanidad, no en su amo". (14)

Lamentablemente, el mundo no atendió el llamamiento de Bartolomé y hoy los efectos catastróficos de nuestros pecados ecológicos -como el cambio climático, la extinción masiva de numerosas especies, los altísimos niveles de contaminación y la deforestación desenfrenada, por nombrar sólo algunas de las crisis ecológicas a las que nos enfrentamos como civilización global- no han hecho sino empeorar. Me atrevería a afirmar que la mayoría de nosotros nos plegamos a las exigencias de la "mano invisible del mercado" en nuestros intentos equivocados de asegurar la prosperidad para nosotros y nuestros seres queridos, cuando en realidad nos hemos convertido en siervos, no de Dios -como nos pide el ideal cristiano de "doulou tou Theou" ("siervos de Dios")-, sino del sistema económico neoliberal y de aquellos que obtienen el poder de su perpetuación.

Reiterando su creencia de que el propósito de la economía es servir a la humanidad como un instrumento para ser utilizado en nuestra búsqueda del auténtico florecimiento, en 2009 el Patriarca Bartolomé afirmó audazmente:

"Necesitamos una nueva forma de pensar sobre nosotros mismos, sobre nuestra relación con el mundo y con Dios. Sin este revolucionario "cambio de mentalidad", todos nuestros proyectos de conservación, por muy bien intencionados que sean, seguirán siendo en última instancia ineficaces". (15)

Compartiendo la convicción de Bartolomé, el Papa Francisco observa que, con demasiada frecuencia, "hablar de crecimiento sostenible (16)" simplemente "absorbe el lenguaje y los valores de la ecología en las categorías de las finanzas y la tecnocracia"(17) y critica lo que comúnmente se denomina "lavado verde", una táctica utilizada por las empresas para aparentar que adoptan medidas progresistas desde el punto de vista medioambiental, pero que simplemente equivale a una serie de campañas de marketing destinadas a convencer a las personas con mentalidad ecológica para que se conviertan en sus "consumidores". Para ello, el Papa subraya, con razón, que la "alianza entre la economía y la tecnología acaba por dejar de lado todo lo que no tiene que ver con sus intereses inmediatos"(18) "En consecuencia, lo más que se puede esperar es una retórica superficial, actos esporádicos de filantropía y expresiones superficiales de preocupación por el medio ambiente"(19), para lo cual el Papa Francisco dice: "En pocas palabras, se trata de redefinir nuestra noción de progreso. Un desarrollo tecnológico y económico que no deje a su paso un

mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso.(20)"

En nuestro sistema neoliberal global, muchos países del mundo se basan en el PIB, o "Producto Interior Bruto", como único indicador del "éxito" de esa sociedad y de su "progreso" como nación "moderna", lo que hace que muchos líderes políticos y el público en general clamen por las últimas y más eficientes tecnologías para satisfacer su deseo de aumentar su producción material y lograr así el "éxito" de "mejorar sus vidas". Sin embargo, como ilustra el ejemplo anterior, la idea de que el aumento del PIB por sí solo nos traerá milagrosamente la prosperidad y nos permitirá florecer como seres humanos es un mito perpetuado por los titanes de la industria, que se benefician económicamente de esta creencia generalizada que sólo ha dado lugar a una desastrosa crisis climática y a la rápida disminución de la calidad de vida de la mayoría de la población humana.

Como medio para remediar esta nefasta situación, los economistas ecológicos han propuesto la implantación de un indicador que sustituya al PIB y que dé cuenta con mayor precisión de nuestro auténtico florecimiento y bienestar al incluir en sus cálculos factores como la contaminación, el agotamiento de los recursos, los daños medioambientales y sociales a largo plazo, los niveles de pobreza, la salud pública (especialmente los efectos negativos para la salud causados por la contaminación medioambiental). Aunque la labor de cultivar formas de vida verdaderamente sostenibles requerirá una transformación de nuestro ethos de civilización y la revitalización de los compromisos personales de practicar las virtudes tradicionales de la moderación, la prudencia, el valor y la justicia, podemos actuar de inmediato cuando se trata de reformar las formas en que evaluamos nuestro supuesto éxito. Lo que Herman Daly y John Cobb llamaron inicialmente "Índice de Bienestar Económico Sostenible", y que más tarde denominaron "Índice de Progreso Genuino o Real" (IPG), tendría en cuenta todos estos factores negativos, como el daño a la salud humana y medioambiental, como contrapartida al crecimiento financiero. Un IPG puede aplicarse de inmediato y representaría una representación más precisa de las formas en que nuestra actividad económica contribuye realmente a la calidad de vida y el bienestar de una sociedad, o la disminuye. Aunque el auténtico florecimiento no puede medirse empíricamente, un IPG sería capaz al menos de medir los elementos básicos necesarios para crear unas condiciones sociales justas y unos entornos saludables que favorezcan el bien común. Al incluir tanto el bienestar humano como el ecológico en su ámbito, la utilización de un IPG puede ir más allá de la simple alteración de nuestros instrumentos socioeconómicos de medición y puede servir como herramienta pedagógica que nos ayude a reconocer lo codependientes e interrelacionados que estamos los seres humanos con la realidad ecológica en la que nos encontramos para nuestro propio bienestar y empezar a valorar realmente la naturaleza.

Conclusión:

Como he argumentado en este ensayo, el pecado ecológico es principalmente una forma de pecado colectivo arraigado en nuestro *ethos de civilización* defectuoso, que da lugar a los vicios sistémicos que han dado lugar a nuestra actual crisis medioambiental mundial. La civilización global, especialmente en el mundo industrializado, debe llegar a reconocer que el sistema económico al que todos nos adherimos perpetúa los vicios de la gula y la avaricia y que, al acatar sus modelos y valores, estamos provocando el fracaso de los ecosistemas y perjudicando la salud de los seres humanos que viven en ellos. Debemos darnos cuenta de que seguir con los negocios como siempre sin modificar nuestros modelos económicos es

perpetuar una de las principales fuentes de nuestro pecado ecológico colectivo.

Podemos empezar por reconocer que el PIB no es un indicador preciso del bienestar humano y desarrollar métodos por los que nuestros cálculos económicos puedan ir más allá de las consideraciones financieras para incorporar el auténtico bienestar humano en las formas en que determinamos lo que es mejor para nosotros mismos, nuestras familias, nuestras comunidades y las futuras generaciones que muchas personas afirman apasionadamente que les importan, y cuya prosperidad futura es a menudo el motivo que justifica todo su duro trabajo en el sistema neoliberal en primer lugar. Como herramienta empírica, una IPG puede ayudarnos a ser más conscientes de nuestra dependencia de la naturaleza para nuestro propio bienestar y puede permitirnos cultivar una disposición más agradecida hacia el mundo natural y todo lo que hace por la humanidad a medida que empezamos a vivir con más templanza y prudencia, y a medida que nos armamos de valor para modificar nuestros estilos de vida y desafiar el *statu quo* en la búsqueda de la justicia social y ecológica.

Notas:

- (1) Muchas de las ideas expresadas en este ensayo se derivan y se discuten en mayor detalle en el artículo del Prof. Durante de 2020 titulado: "Ecological Sin: Ethics, Economics, & Social Repentance", que apareció en el volumen 3, número 2 del Journal of Orthodox Christian Studies.
- (2) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección: 216, p. 157
- (3) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 7, p. 7
- (4) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 8, p. 8
- (5) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 9, p. 9
- (6) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 9, p. 8
- (7) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 222, p. 162
- (8) Discurso del Patriarca Ecueménico Bartolomé en el Simposio sobre el Medio Ambiente, Iglesia Ortodoxa Griega de Santa Bárbara, Santa Bárbara, California. 8 de noviembre de 1997
- (9) Patriarca Ecueménico Bartolomé. Ecología, economía y ecumenismo en: Revista TIME, 18 de junio de 2015.
- (10) Patriarca Ecueménico Bartolomé. Discurso pronunciado en: la Conferencia Internacional sobre Ética, Religión y Medio Ambiente, Universidad de Oregón, 5 de abril de 2009.
- (11) Con demasiada frecuencia queremos creer que todas nuestras acciones, o las acciones de nuestros antepasados recientes, son y fueron, buenas y nobles por la satisfacción psicológica y el contento que nos da. Debemos llegar a comprender que podemos seguir amando a nuestros antepasados incluso después de habernos dado cuenta de que han pecado.
- (12) Herman Daly, "Economics for a Full World", Great Transition Initiative (junio de 2015), p. 6
- (13) Papa Francisco. 2015. Laudato Si'; sección 195, p. 142
- (14) Discurso del Patriarca Ecueménico Bartolomé en la reunión anual de Davos del Foro Económico Mundial, 1999: Orthodoxy Today
- (15) Patriarca Ecueménico Bartolomé. Discurso pronunciado en: la Conferencia Internacional sobre Ética, Religión y Medio Ambiente, Universidad de Oregón, 5 de abril de 2009
- (16) Papa Francisco. 2015. Laudato Si', sección 195, p. 142.
- (17) Papa Francisco. 2015. Laudato Si', sección 195, p. 142.
- (18) Papa Francisco. 2015. Laudato Si', sección 54, p. 40.
- (19) Papa Francisco. 2015. Laudato Si', sección 54, p. 40. Traducido con www.DeepL.com/Translator (versión gratuita)
- (20) Pope Francis. 2015. Laudato Si', section 194, p. 142

The Carmelite NGO Main Office

1725 General Taylor Street

New Orleans, LA 70115 USA

Tel: (+01) 504.458.3029

Fax: (+01) 504. 864.7438

jfremson2@gmail.com

Spanish Office

Convento El Carmen, carretera de Tale s/n,

12200 Onda, España

ong.carmelita@zohomail.eu